

la cara con el pañuelo, á fin de ocultar las lágrimas que salían de sus ojos, y principalmente de su corazón. Su hijo estaba sentado junto á ella con las manos juntas y apoyadas en sus rodillas, mirando en el suelo, y esperando siempre una respuesta. No lloraba; más cuando su madre, con una voz que más bien parecía un gemido, díjole: "Haz lo que quieras; no puedo impedir tu perdición." sintió el eco del dolor maternal, y casi á punto de llorar respondió: "No hago lo que quiero, sino lo que dicta mi conciencia." Al decir esto abrazó á su madre y al darla un beso se halló cubierto con sus lágrimas. Retiróse sin añadir palabra.

LXX.

MELANCOLIA.

Un velo fúnebre pareció extenderse sobre la familia Needle después de la declaración del joven; asemejábase la casa á un sepulcro. Ninguna comunión de ideas, aparte las relaciones necesarias que corrían cortésimas y heladísimas como entre forasteros. Languidecían todas las conversaciones relativas á las novedades corrientes, porque el espíritu de la Needle constantemente se absorbía en su dolor. De religión ni una palabra se oía; nadie osaba ni hacer la menor indicación de cerca ó de lejos; la señora, para no enconar la herida;

Julia, por prudencia, las niñas para no afligir á su madre, y John porque había dicho su palabra última. Todas las tardes oía la infeliz protestante renovar la declaración de su hijo, al ver que, contra su costumbre de rezar invariablemente el "Evening Prayer", levantábase resuelto y se alejaba de la familia en el momento de la oración común.

Julia conocía bien que alguna novedad pasaba entre la madre y el hijo. Adivinábala tácitamente y sin dificultad, sin embargo de no haberle dicho John una palabra. Empero no sabía comprender la nueva actitud de mistress Needle con sus niñas. Siempre que se hallaba delante de John, parecía que las frases espiraban en sus labios y los pensamientos en su mente: estando á solas con sus hijas, deshacíase en halagos y demostraciones de ternura, verdaderamente extraordinarias. Parecía ansiosa de asegurar su afecto. Julia, que al vuelo cogía los más ligeros indicios de las subitáneas afecciones de su señora, había notado también que, mucho más que antes, insistía en las enseñanzas religiosas contra el papismo. Parecía que mistress Needle trataba de vengarse de la perversión de su primogénito, fortificando en el

anglicanismo á sus pequeñas. Este oculto sentimiento, de que quizá no se daba cuenta, compelióla en ocasiones á ciertos ataques, aún estando presente la joven, cosa á que hasta entonces nunca habíase atrevido. Estando convencida ésta de lo mucho que había trabajado para conseguir que tuviese John pensamientos católicos, y temiendo á cada instante que la señora exasperada la supusiese responsable del delito de la conversión, dejaba pasar sus descortesías. Confiaba Julia en el tiempo, y esperaba que, así como la divina Bondad había destruido y destrozado el duro escollo de John, haría que oportunamente disminuyera la obstinación de mistress Needle, y que se presentara coyuntura favorable para la fácil conversión de sus hijas.

En favor de su religión hablaba en alta voz su conducta irreprochable. Sin que se afanase con sus alumnas, iban éstas acostumbrándose á respetar la fe de su maestra. El instinto de la inocencia obraba en ellas. Compeliólas en primer lugar la estimación suavísima é incesante que Julia de mil maneras les demostraba, como también la admiración de sus virtudes. Su juicio cada vez mayor, educado por ella en las clases y en sus conversaciones asiduas, no

podía dejar de reconocer las bondades luminosas del alma hermosa de su maestra, y sus bellas acciones, propias de un ángel. Mal podían comprender, teniendo un corazón recto, que tan buena y amante criatura pudiese no ser aceptable á los ojos de Dios, ni que se hallase dominada por los errores horribles que su madre abominaba en la Religión papista.

Además, á que disminuyera su fe en algunas aseveraciones de su madre, ocurría la contradicción abierta que advertían entre sus palabras y sus hechos. Se arrojaba contra el papismo porfesado por Julia, y entregábase luego á ella con sin igual confianza, no vacilando en tejer las alabanzas de su maestra, ni en presentar su conducta como un ejemplo digno de imitación. En esto mistress Needle había sido siempre la misma; no había nunca retirado ni disminuido su amor á Julia, áun después de la determinación de su primogénito. Constantísima por carácter en sus afectos y justa en la estimación de las cosas, nunca la había creído culpable porque, al ser preguntada sobre religión, contestase, ni por que se defendiese al ser acometida. Hacía Julia consistir principalmente su discreción en no dejar comprender de

ningún modo su ardiente deseo de difundir la luz católica en la familia; habíase contenido siempre como un batallador que no sale gustosamente al campo, sino que continúa en sus trincheras.

Clara y Clemencia, nada sospechando nunca de siniestro en su maestra, iban detrás de ella como dos corderitas. Lo que la veían hacer, hacían asimismo gustosamente. De los libritos de Julia habían copiado las plegarias más hermosas á la Virgen, teniéndolas en las hojas de sus elegantes *Prayer books*, sabiéndolo su madre. Su alegría era grandísima, sobre todo cuando su amante profesora las hablaba de la ventura suprema de las niñas que con sus inmaculadas costumbres merecen el dulce nombre de hijas de María. Ni aún esto parecíale mal á mistress Needle, ansiosa sobre todo encarecimiento de proteger su candor. Su condescendencia en el asunto de la devoción á la Madre de Dios, después de lo de Lourdes, había llegado al extremo de no reprenderlas cuando las veía acompañar á Julia en el jardín y decir con ella el rosario. ¡Hasta tal punto cumplía sus promesas empeñadas! A lo más les decía: —Niñas, pedid también por vuestra mamá, pero recordad que la bendita Virgen

no debe ser adorada.—Julia en estos casos decía las oraciones en inglés, y explicaba brevemente cada misterio. A cuyas dulces pero fuertes persuasiones del corazón, añadíase, para inclinarlas á la religión de su maestra, el trabajo de la mente. Las conversaciones del joven con Julia, sin embargo de no entenderlas siempre del todo, dejábanles la impresión de que su directora estaba en lo cierto, en lo cual convenía su hermano. Además Julia, no desaprovechando las coyunturas favorables, hacía que sus palabras fuesen tan óbvias en sus conclusiones, que pudieran servir de catecismo aún á las pequeñas, que oían las conversaciones con la curiosidad propia de su edad. En su virtud, habían ido desechando muchos errores, juntamente con su hermano, y bebiendo juntamente con él muchas ideas católicas. No por esto imaginaban haber cambiado alguna cosa de su religión, y por lo que hace al propósito de pasar á la Iglesia romana, no les había ocurrido siquiera.

La madre que las veía dóciles á sus prácticas religiosas, muy dedicadas al *servicio* en el templo cuando á él las llevaba, y que nunca las oía mezclarse en las rabiosas impiedades de su hijo, se lisonjeaba con

la idea de que permanecerían muy firmes en sus enseñanzas. Era éste su más dulce consuelo en la familia, en cambio de la apostasía de su hijo. No bien éste le hubo manifestado su resolución de ser católico, empezó á considerar si sería útil y obligatorio para ella separarse de él, á fin de que las muchachas no viesan tanto escándalo. Para tomar una determinación decisiva sólo esperaba que John llevase á efecto su amenaza de salir de Parque verde, á fin de pronunciar en otra parte su abjuración. Hallábase resuelta casi á retirarse á Londres durante su ausencia, haciéndole hallar á su retorno una carta despidiéndose de él, así como rogándole que tuviese casa propia y gobernase su patrimonio.

Sólo que mientras revolvía en su mente tales propósitos violentos, no supo, como de costumbre, ocultarlos á Julia, que, como de costumbre, no los desaprobó desde luego, encaminándolos diestramente á cosa mejor.—Yo no veo, decía á su señora, que haya peligro alguno en contemporizar algún tiempo más: ¿á qué fin hacer que se divulgue por el país la noticia de que entre vos y él han surgido disgustos y separación?

—De todas maneras, contestaba la Needle, será preciso llegar á este punto.

—Ciertamente que si lo quereis, nadie os lo podrá impedir. ¿No sería, empero, mejor dejar correr el agua por su pendiente? Vuelto el señor John, podríais poco á poco domesticarle con la hacienda, y después alejaros sin estrépito . . . Aunque no digo que sea este el partido mejor, es el menos malo. Vos sabeis si está ó no en el caso de ocuparse en una intrincada administración, mayormente sin hacer el aprendizaje. ¿Qué ganaríais vos si manejase mal su patrimonio? ¿No seríais criticada por todos?

—Está de por medio la fe de mis amadas angelitas.

—¡Cómo! repuso Julia; ¿creis que vuestro hijo pretende catequizarlas todos los días á vuestro despecho? No bien le digais: “John, si quieres que vivamos en paz, os obedecerá de seguro. Me parece que antes de indisponeros con él, convendría que lo pensárais un poco mejor.—

Y pensándolo mejor, la señora Needle nada supo resolver. Esperábase la última determinación del hijo, más éste no se sabía qué aguardaba, y nada decía de irse; por todo esto en la familia existía una in-

decisión cruel, un disgusto, un malestar, una melancolía cada vez más profunda. Todos decían para sus adentros: “Así las cosas no pueden seguir más tiempo.” Realmente no duraron mucho. Para cargar una mina es menester mucha y larga fatiga; para darla fuego es bastante acercarla á ella un fósforo.